

## No pasarán

Alba González Sanz

### I. El cuadro

Cuando entré en la casa por primera vez, me atrapó la luz. Supe cuál sería el cuarto de trabajo, el lugar de los libros. El hueco reservado para el cuadro de Frida Kahlo, *La columna rota*, que se ha convertido en mi metáfora. Firmé un contrato de alquiler y empecé tímidamente a poner un *mi* delante de la palabra *casa*. Entonces llegó la mudanza y, después, poco a poco, las pequeñas decisiones que van haciéndola verdaderamente la extensión de lo que soy. Cuidar el espacio como quien cuida el cuerpo porque así, en cierto modo, lo cuidamos.

La mayor parte de las paredes está aún desnuda. Lleva tiempo decidir las imágenes que nos harán de espejo en cada estancia, que nos recordarán el quién de lo que somos día tras día. La lámina con la “Poética” de Javier Egea esperaba enrollada y hace unos días, *pequeño pueblo en armas contra la soledad*, la coloqué en un marco y pensé que ya era tiempo de colgarla en la entrada. Es noche electoral. Me fijo despacio en la dedicatoria de ese soneto, a Aurora de Albornoz, y sé que ella, hoy, sonreiría.

Aurora de Albornoz cuidó espacios, cuidó palabras. Académica y poeta, la define una lengua entre dos continentes, una lucha entre el exilio y la voluntad rotunda de que a la España de los años setenta le llegará un poco de la luz que en esas décadas había alumbrado a algunas repúblicas de América Latina. Aurora de Albornoz cuidó el convencimiento de que la historia y el idioma hermanan si se usan con el empeño digno de la justicia entre los pueblos y sus gentes.

Quizás hoy la habrían llamado bolivariana.

### II. Retrato

Nacida en Luarca, Asturias, en 1926, su infancia es prado verde y poesía hasta que estalla la guerra y se instalan en su centro el temor a los aviones, refugios antiaéreos; el temor a las sacas que en la noche desaparecen vidas. Pasa la guerra y, ante el desastre, su familia pone rumbo a Puerto Rico amparada en dos palabras: doble nacionalidad. En su genealogía, parentesco con los Albornoz que ocupan cargos durante la Segunda República, con Severo Ochoa, con un mundo que la violencia ha desaparecido.

En San Juan ingresa en la universidad y se forma entre los restos de una intelectualidad allí desperdigada. Por maestro, entre otros, el Juan Ramón Jiménez que tanto influirá en sus versos. Y poco a poco, además de la lengua y el contacto con esa otra tierra que también es la suya, llega a su vida la política en una forma que se aleja de partidos concretos y que, andado el tiempo, se expresa sobre todo en la forma en que su obra académica comprende la literatura del exilio; en que su forma de escribir ensayo, de escribir pensamiento, se escapa a los cauces cerrados y simples. Conoce el París donde se imprimen los libros que tibiamente pasan los Pirineos como también vive desde América el camino revolucionario que emprenden Cuba, Nicaragua, luego Chile.

Quiere volver. Sabe que debe volver porque a España también puede llegarle esa luz. Doble nacionalidad. Regresa definitivamente a Madrid y allí trabaja como puente de pensamiento entre las dos orillas. De alguna forma, traduce el mismo idioma en sus acentos. Su casa, en la madrileña calle Méjico —con esa *j* atravesada todavía hoy en el callejero— se llena de libros y también acoge reuniones clandestinas de un Partido Comunista con el que no se casa pero en el que se comprende. Con una elegancia quizás desconcertante reparte periódicos, pasquines, palabras, del mismo modo que imparte clases en la universidad y se afana en que la literatura de los países americanos llegue aquí a las aulas. Cuida el espacio. Escribe.

Muere el dictador, el país se despierta una mañana con su traje a estrenar de democracia. Pero Aurora de Albornoz sabe quizá que eso no basta. Lleva tiempo tomando notas de una peculiar autobiografía a la que bautiza como *Cronilíricas* y en la que guarda la mirada sobre un mundo en cambio desde la que ella es: mujer de galerías interiores, ser de varios escenarios. Educada en lo mejor que pudo dar, desde el exilio, la España republicana, pero a la vez hija también de *nuestra América*. Poeta en los versos modernistas que, al tiempo, se expresa en lo social que es propio a parte de su generación, de igual modo que acoge a su vera a los poetas más jóvenes que para finales de los setenta intentan otros rumbos. Encrucijada pero no frontera, jamás límite.

Es noche electoral.

### III. Transición

Recuerdo a Aurora de Albornoz entre las figuras de muchas mujeres hoy oscuras que se desempeñaron en la literatura y en la política en ese período final de la dictadura y la llamada transición. Gentes que entonces hicieron camino, dejaron huella, pero cuyo legado de experiencia vital y trabajo intelectual o creativo queda desdibujado tras su

muerte más allá de la memoria de quienes las quisieron, de cierto prurito académico, de algunas fotos que establecen conexiones no narradas en la historia oficial. Es noche electoral y llevamos meses escuchando que aquello que pasó cuando España entró en los ochenta debe revisarse. Por eso pienso en la Aurora de Albornoz escondida en *Cronilíricas* pues ya entonces, en caliente, en el momento, había quien decía que el proceso no estaba saliendo del todo bien.

Y es que los muchos espacios que cuidó la poeta y ensayista no encontraron asiento firme en el proceso a través del cual este país abandonó la dictadura. Pensemos en quien se ha criado en los valores y conocimientos de la Segunda República, en quien ha vivido un exilio que, además, estudia desde la poesía. En quien es a la vez americana y de esa tierra también toma las luchas (pedir la independencia de Puerto Rico, los países que históricamente marcan los hitos de la izquierda internacional de la segunda mitad del siglo XX). Pensemos en la mujer joven que allá en San Juan lee y se forma en los textos del marxismo dentro de una comunidad en la que se hallan no sólo esos cachorros, niños del exilio, sino figuras como la de un Tierno Galván al que ella recuerda en sus memorias como el alcalde digno, el hombre honesto, que intentó con todo otro Madrid.

Al regreso, lo complejo. Su propio partido, aunque no lleve en el bolso un carnet que la acredite, toma decisiones que se vuelven dudosas a la luz de nuestro presente y que entonces también fueron debatidas. No se fía del todo del PSOE, se pregunta si los nietos de Pablo Iglesias sabrán hacer o habrán dejado, en el camino, la memoria nutricia del partido anterior a 1936. No se encuentra tampoco en la cultura, en esa sociedad del espectáculo que tan bien se aclimata en varias de sus capas a la nueva situación. Y, sin embargo, en su hacer no pierde la esperanza, reservando la duda para ese libro póstumo en el que habla de quienes se equivocaron de bando, no pasarán, Ernesto Cardenal, los brigadistas, patria o muerte, Allende, disparos en la Casa de la Moneda, venceremos. Todos los muertos que se suman, imparables, a la lista de muertos, conforme se hace mayor y va perdiendo a quienes la reflejaban de algún modo reconocible.

Por eso sus memorias no son ni quieren ser un recuento al uso. Hay reseñas profundas, hay recuerdos de viajes, reflexiones políticas y un intento de definir su lugar en lo poético, tan alejada en cierto modo de una categorización sencilla. El último fragmento en el que estaba trabajando, dirigido a su cuñada, refleja la intersección entre el descontento y el motor de vida y luz que movió siempre sus actos. Escribe: “Se nos siguieren muriendo cosas y seres, Carmen, y aunque tenemos paz y libertad, aquí estoy,

ya ves, juntando palabras que sueñan lo que perdimos. Estoy desde el comienzo de una nueva década sintiendo que qué poco me queda por hacer, soñar, aunque me quede este recurso inútil de juntar palabras y seguir, seguir ¿hasta dónde?, en busca de una utopía que comienzo, a veces, a situar en el pasado, en algún lugar del pasado, aunque no, porque hay, tiene que haber una salida o una entrada o lo que sea, quién sabe dónde, en qué mundo, mundos, que tendremos que seguir buscando mientras estemos en éste, a pesar de todo lo que a nuestro alrededor sigue muriéndonos”. Es casi 1990 y la escritora no ve claro su espacio, pero no renuncia, se niega a la renuncia, porque la búsqueda y la palabra son el único cometido que la convierte en ser humano.

Es noche electoral y Aurora de Albornoz vivió algunas noches, con o sin urnas, de aquel tiempo que hoy reevaluamos para intentar pensar un futuro en común. La de un 23F que le impide un viaje hasta Ferrol para hablar de poetas gallegos en el exilio, la de una navidad en la que se legaliza por fin el Partido Comunista. Tantas noches con Madrid como escenario y los muchos fantasmas de todas las vidas que en sus calles intentaron resistir y que hoy, como el de la propia escritora, no conocemos. La recuerdo porque sé cuánto más útil sería no haber perdido los lazos, los retazos e hilos en collage, de su vida a nuestra memoria y a nuestro hacer hoy, en este preciso momento. La recuerdo porque me pregunto si nos ayudarían su figura y la de otras olvidadas en ese tiempo convulso del que hoy nos llegan recuerdos deturpados por la propaganda electoral. La recuerdo porque hoy puede ser alcaldesa de Madrid alguien que también se encuentra entre varios espacios, físicos y de sentido, que era joven y luchaba cuando Aurora de Albornoz ya apuntaba en su cuaderno algunas inquietudes. ¿Sabremos cuidar a quienes son puente de aquel pasado? ¿Podremos respetarlo como lo verdaderamente digno a pesar de lo lejos que en el fondo hoy tenemos esa época?

Transición es una palabra que esconde nuestra desmemoria. Es ya una abstracción construida en el relato de los hechos, utilizada sin duda en beneficio de unas u otras tesis. Pero la vida es tozuda y nos devuelve, plena actualidad, a una mujer como posible alcaldesa de Madrid que tiene en su biografía los lazos, el puente, la palabra no perdida aún de esa historia. Una pequeña píldora contra una orfandad que ni siquiera sabemos que padecemos. Esa que se esconde en las palabras y hechos de mujeres como Aurora de Albornoz, siempre a caballo de dos mundos y empeñada en su diálogo.

Es noche electoral y, de algún modo, me pesan los fantasmas entre libros. Me pesa no poder hablar con ellos de una forma en la que su experiencia no se quede en la hipótesis y algunos nombres, retazos, de cómo fue lo que en su origen era, sin duda,

más complejo. Hace solo cuarenta años pero nos falta anclaje porque es esta una tierra de continuidad escindida, a mataballo, incapaz de hacer línea firme de su historia. Quizá para evitar reconocernos, sin duda motivada por la violencia que va perlando las décadas y borrando todo aquello que no alimenta la ira. Pienso en Aurora de Albornoz porque es ejemplo cercano y querido de esa brecha, en que su deseo de contarse era crónica, sin duda, pero era lírica, poema, mirada limpia en el verso que parte del respeto profundo que impone el empleo de la palabra. Pienso en sus letanías, repetidas a lo largo de las páginas de ese libro final. No pasarán. Venceremos.

Yo añado: ojalá.